

# OCCIDENTE, LLORARÁS POR MÍ

JAVIER BARREIRA

## 8 SEMANAS PARA LA CATÁSTROFE

**R**ecién superado el primer decenio del siglo. Septiembre. La muchedumbre se movía tranquila por la zona del Rastro, culebreando entre los cientos de puestos callejeros que cada domingo por la mañana componen uno de los espectáculos más llamativos de Madrid. Una estampa viva de un pedazo de realidad con sonido propio, con música de voces naturales, de conversaciones, de reclamos comerciales, de pequeñas transacciones económicas. Un cromó viviente que huele a cuero, a plástico, a bisutería, a tela, a transeúntes curiosos. Un súper mercadillo de barrio en el centro de una de las ciudades más pobladas de Europa. Madrid, el pueblo más grande del mundo.

Entre toda esa multitud que curioseaba por los tenderetes, un joven magrebí apuraba el paso y la respiración ajeno a todo ese ajeteo mercantil, incapaz, por más que se esforzara, de escuchar más allá de sus jadeos. Sus lamentos ahogaban la banda sonora de la ciudad, su cara estaba tensa y su cabeza no dejaba de girar para mirar hacia atrás. Sentía que corría peligro. Tras subir por Carlos Arniches, como un rayo accedió a la plaza Vara del Rey y la atravesó en diagonal para llegar a la plaza de Cascorro; la avalancha de gente que se encontró fue tal que le impidió continuar hacia arriba. La marea humana lo arrastraba hacia abajo contra su voluntad. Seguir por la Ribera de Curtidores no estaba en sus planes, pero no había manera de ir contra corriente. Dejándose llevar unos metros consiguió cruzar al otro lado de la calle y, pegado a la pared, subió de nuevo hacia Cascorro. Quizá ese caos estuviera de su parte: por más que se giraba buscando, nada encontraba, a nadie veía; era muy probable que hubiera podido despistar a quienquiera que le estuviese siguiendo. El joven Rachid continuó su camino pendiente de lo que ocurría

a su espalda, vigilando su estela, esa de la que, como su propia sombra, no se podía despegar. Una mirada más, nadie sospechoso.

El sudor caía por su frente, pero no era de cansancio físico; era peor que eso, era el sudor del miedo, del que no deja pensar, del que embota el cerebro e impide tomar decisiones. Necesitaba aclarar sus ideas, así que se detuvo a la altura del número 6 de la plaza de Cascorro. Tomó aire y observó. Nadie le prestaba atención. Se podría decir que no existía para nadie, eso era lo que más deseaba en ese momento. Para nadie, salvo para el curioso inquilino del escaparate de una moderna tienda de ropa cuyo estilo no dejaría indiferente a ningún transeúnte. Al volver, Rachid se encontró de frente con un esqueleto vestido de motero que parecía mirarlo a él y solo a él. Curiosa estampa: un esqueleto utilizado como maniquí, la representación de la muerte, miraba a los ojos al joven marroquí de Boumia. En ese momento, el tiempo se detuvo por un instante.

Rachid siempre había soñado con una vida mejor. Conocía por la televisión cómo era el mundo al otro lado del Estrecho de Gibraltar y, como muchos otros jóvenes de su edad, deseaba partir hacia el norte para experimentar el éxito, para establecerse, para ser alguien y poder regresar cada verano con la cabeza bien alta a su pueblo, donde vecinos, amigos y familiares lo tratarían con respeto y admiración, algo que no ocurriría mientras siguiese encerrado en su aldea con la única perspectiva de dejar pasar el tiempo viendo partidos de fútbol europeo en la televisión de un bar de mala muerte y peor vida.

Fue su amigo Alí quien se lanzó primero a la aventura. Con éxito. Desde que había llegado a Barcelona hablaba con frecuencia por teléfono con su compañero del alma utilizando tarjetas robadas y le contaba con detalle cada descubrimiento que hacía en el centro del universo. Alí le decía que tenía que formar parte de aquello porque sus destinos estaban unidos; era algo que una y otra vez se habían repetido desde niños.

Dos años después, tras cuatro intentos fallidos, el joven Rachid, hijo de Hassan y Amina, consiguió llegar a España por Algeciras y pudo reencontrarse con su querido Alí en Hospitalet, en el cinturón obrero de Barcelona.

Las primeras semanas de su estancia en España resultaron las más interesantes: deslumbrante, fue como entrar en el paraíso. Alí ejerció de maestro, de guía y lo puso al corriente de todo lo que era necesario saber para desenvolverse en Occidente. Y Rachid se maravilló y se emborrachó de modernidad observando y absorbiendo todo lo que paseaba ante sus ojos: se embriagó con los escaparates concebidos para enamorar, con la belleza exótica de las mujeres diseñadas para el deseo, con la potencia y variedad de los coches, preparados para cumplir sueños tras los que correr pero nunca alcanzar, con los multicolores carteles publicitarios que a silenciosa voz en grito fagocitaban la personalidad de presas sin nombre, con la anchura de las calles, listas para poseerlas, con la altura de los edificios, con la música de los bares. Con lo fácil que era vivir sin rendir cuentas a nadie.

Pero en su resaca también pudo comprobar que el paraíso era al mismo tiempo el infierno. El edén, bello espejismo, estaba hermosamente podrido y sus sueños de convertirse en un hombre rico al que todos en su pueblo rendirían pleitesía se fueron esfumando poco a poco. Sin trabajo fijo y animado por Alí, comenzó a frecuentar la mezquita y a participar en reuniones donde gente que se expresaba con vehemencia animaba a jóvenes como él a mirar el mundo con ojos críticos. Fue en esos encuentros donde un hombre de modales delicados se fue ganando la confianza de los dos inseparables marroquíes. Y el mundo se abrió porque aquel hombre, que había llegado de ninguna parte y del que nadie sabía su nombre, se había fijado en ellos y les había asegurado que estaban llamados a convertirse en héroes, en protagonistas imprescindibles de una nueva historia que estaba por escribir. Cada frase de aquel individuo penetró en los cerebros de Rachid y Alí con la eficacia de una flecha afilada. El

destino había escrito ya sus nombres en letras de oro; así fue como un buen día, hartos de la vida que llevaban y resentidos con el mundo nuevo que no quería aceptarlos, los dos amigos decidieron dar un paso adelante. Pronto el hombre que vivía entre sombras les encomendó una misión, les dio instrucciones y los caminos de Rachid y Alí se separaron momentáneamente. A Alí lo mandaron hacia el sur y a Rachid lo enviaron a Madrid. Cada uno en su nuevo destino, sin pronunciar una palabra más alta que otra, realizaron de forma eficiente la labor que les había sido encomendada.

Desde aquel día en que se dijeron hasta pronto en Barcelona, los dos amigos inseparables, uña y carne, cuerpo y alma, no se habían vuelto a ver en persona.

Ahora, perdido y solo en medio de la muchedumbre en el centro de Madrid, Rachid no supo si debía maldecir el día en que se encontró por primera vez con aquel hombre de porte mágico. Su cerebro no le dejaba pensar en ese momento; sin embargo, sí le permitió derramar unas lágrimas frente al esqueleto vestido de ángel del infierno del número 6 de la plaza de Cascorro. Un esqueleto, mal presagio. Rachid despertó de sus recuerdos al verse reflejado en el cristal del escaparate y prosiguió su carrera. No lo seguían, quizá los había despistado. Animado, pensó que podría llegar a la humilde buhardilla que ocupaba, hacerse con lo imprescindible y desaparecer.

Dobló la esquina, bajó unos pasos por Embajadores y giró a la izquierda por la calle de la Encomienda, abandonando la zona de mercadillos. El paisaje humano se despejaba por delante y por detrás al adentrarse en el barrio de Lavapiés, aunque la angostura se mantenía en el diseño del barrio y en la cara de Rachid, quien, al llegar a la calle del Amparo giró hacia la derecha y volvió a mirar hacia atrás. Nadie. Resoplando, continuó su camino y se metió por la Travesía de la Comadre mirando de reojo a su espalda.

Fue en ese momento cuando tropezó con un hombre que, vestido con un mono azul de trabajo, portaba en una mano un

cubo con varios botes de spray y, bajo el brazo, unos carteles enrollados preparados para ocupar las paredes del barrio anunciando los horarios de los próximos conciertos de un grupo de música. Por el impacto, parte del contenido de un bote de spray se derramó en la cara de Rachid antes de salir disparado por el aire con el cubo y los carteles. El marroquí solo pudo pedir perdón, pero estaba tan lejos cuando lo hizo que el hombre del mono azul ni siquiera le oyó. El joven errante tomó la calle Jesús y María hacia abajo mientras se recomponía del encontronazo frotándose la cara con su pañuelo, intentando secarse el agua del spray. Pero se equivocaba; el contenido del bote de spray no era agua, ni se había derramado por accidente. Rachid, a punto de doblar a la izquierda en la calle Lavapiés, no sabía que estaba viviendo los últimos siete minutos de su vida.

Al comenzar a subir la calle, su cuerpo empezó a pesarle un quintal. En Ministriles Chica se detuvo a tomar aire. Los pocos peldaños de las escaleras de la plaza se le hicieron interminables. Paradojas de la vida, cuantos más escalones subía, más cerca del infierno se hallaba. Antes de llegar a Ministriles el día se hizo noche y perdió la visión periférica. Como pudo, caminó unos metros y giró por San Carlos. El aire no le llegaba a los pulmones. Poco más pudo hacer. Su cuerpo no le respondía, su cerebro se desentendía de él, cada parte de su cuerpo le estaba abandonando. Incapaz de seguir caminando, optó por descansar un rato, pero necesitaba hacerlo en un lugar seguro, así que antes de llegar a Olivar decidió meterse en el único bar de la calle. Atestado de gente, nadie le vio entrar, nadie reparó en su presencia, nadie lo vio ir a los servicios. Entró en uno de los cubículos y allí mismo se dejó caer, junto a la taza del váter. Con una mueca de terror dibujada en su cara, entre espasmos, incapaz de seguir respirando, Rachid abandonó este mundo para siempre. Si su alma fue hacia arriba o hacia abajo, nadie lo sabría.

Solo pasaron unos segundos hasta que la puerta se abrió de nuevo. Era el hombre del mono azul. Hablaba en árabe.

—Está aquí.

Entró, se agachó y comprobó el pulso. Tras él hizo acto de presencia un hombre de mediana edad y rasgos árabes, pelo corto peinado con raya a un lado. Su nombre, Atiq Zariâb. Miró al joven Rachid sin mover un solo músculo de la cara.

—Está muerto —sentenció el hombre del mono.

Zariâb no dijo nada, ni sintió nada. Solo se hizo a un lado para que el segundo de sus acompañantes pudiera acabar el trabajo. El hombre del mono azul acabó de registrar al muerto, le quitó el teléfono móvil que llevaba en un bolsillo y dejó sitio a su compañero. Este sacó una jeringuilla, buscó una vena en el brazo del cadáver y procedió a clavar en ella la aguja para inocularle su contenido. No hizo falta perder más tiempo; la jeringuilla quedó colgando del brazo derecho de Rachid, hijo de Hassan y Amina.

Tan invisibles como cuando entraron, Zariâb y sus dos secuaces abandonaron el bar y se perdieron por las calles de Madrid. Ese Madrid en el que todo es posible.



Más al norte, no muy lejos del hipermercado de Pío XII, en una zona residencial de chalets, algunos de aspecto señorial, dos hombres de rasgos asiáticos salieron de uno de ellos y caminaron unos pocos metros. La zona estaba desierta, o eso parecía. Ni un alma. Solo el canto de los pájaros ponía música a la escena compuesta por calles estrechas salpicadas de árboles y jardines privados. Haría falta estar dentro de la furgoneta blanca de la esquina para oír el disparador de una cámara que no dejaba de fotografiar ni un segundo a los dos hombres. Miguel Aguirre, oficial al mando de un grupo de operaciones especiales del CNI, no paró de tomar fotografías ni siquiera cuando los dos asiáticos entraron en un coche con matrícula diplomática aparcado a pocos metros y abandonaron el lugar. Una vez que el sonido del

motor desapareció a lo lejos, se pudo escuchar de nuevo a los pájaros en esa apacible mañana de domingo. Al lado de Aguirre estaba Marcos, un veterano de pocas palabras, cuya única misión parecía consistir en sujetar una pequeña mochila.

–Han entregado la comida. En marcha –ordenó Aguirre.

–Estoy preparada –respondió una voz femenina.

–Es el rojo, no te equivoques, estamos escasos de presupuesto.

Así era Aguirre, el hombre de las ironías en cualquier situación. Eso no lo convertía en un tipo simpático, pero sí en un jefe respetado. Cuando uno de sus hombres o mujeres tenía el honor de recibir un comentario como ese, era señal de aprecio.

–Estoy en marcha.

–No le metas caña, que la alarma ya está muy sensible. ¿Dónde tenemos al peatón? No te veo.

–Estoy caminando –respondió una voz masculina.

–Empieza la función.

Aguirre y Marcos salieron de la furgoneta. Ni un alma en toda la calle; era el momento adecuado. Cruzaron al otro lado y se perdieron por el lateral de la finca del chalet. En ese momento, un hombre más bien bajito, fortachón, con cara de panadero de barrio, caminaba con los periódicos del día en la mano. Era Silva, el agente que acababa de hablar con Aguirre.

A los pocos segundos, un Renault Megane gris apareció por el otro extremo de la calle, conducido por una mujer joven. Al llegar a la altura de la entrada del chalet, la conductora dio un volantazo y se empotró contra un Citroën C2 rojo aparcado en la acera. La alarma del vehículo saltó de inmediato. Del chalet asomó un hombre alto, fuerte, que se quedó tras la verja sin salir a la calle.

Silva se acercó alarmado.

–¡Por el amor de Dios! ¿Qué ha pasado, criatura?

La conductora trató de abrir la puerta. Con la ayuda de Silva lo consiguió.



–No sé, yo iba conduciendo... Me he despistado un segundo... Me he hecho daño...

–Déjate estar, chiquilla, a ver si va a ser peor.

La alarma del C2 dejó de sonar. Del chalet salió el otro inquilino. Silva vio a los dos hombres tras la verja.

–Caballeros, ¿qué hacen ahí? ¿Podrían echarme una mano? ¿No ven que esta mujer puede estar herida?

Los dos hombres se miraron entre sí sin saber muy bien qué hacer. La mujer, Rebeca, representando a la perfección su papel, salió mareada del coche. Silva apenas la podía sujetar.

–¡Se está mareando!

En ese momento, los dos hombres salieron a la calle y se pusieron a disposición de Silva, que empezó a dar ideas.

–Tú, que eres grande, sujétala en el suelo, sentada, que no se eche.

Acto seguido, se dirigió al otro individuo.

–¿Y tú por qué no le das un poco de aire? Con la chaqueta, hombre, con la chaqueta.

El grandullón se quitó la chaqueta y abanicó a la chica como pudo.

–¡Ya verás cuando se entere mi marido! Qué mala pata, yo solo estaba mirando por el retrovisor...

En la parte de atrás de la casa, Aguirre y Marcos habían aprovechado para saltar la pequeña verja y entrar en el chalet por una ventana de la planta baja. Accedieron al salón y comenzaron a buscar con la vista; se acercaron a las paredes y palparon. A los pocos segundos Marcos dio con algo junto a una estantería.

–Aquí está. Una caja camuflada con la apertura debajo del enchufe. Es una 79 N.

Se trataba de una pequeña caja acorazada de seguridad negra, empotrada en la pared, con su diminuta pantalla y cerradura ocultas tras dos inocentes carcasas de enchufes convencionales.

Aguirre habló por el intercomunicador con el exterior.

–Hemos encontrado la caja. Necesitamos... –miró a Marcos.

–Nada, tres minutos. Es coser y cantar –precisó Marcos.

–Tres minutos. A darles bola. Tres minutos –repitió Aguirre.

Fuera, Silva marcó en su móvil.

–Enseguida aviso al 112; señora, no se preocupe.

–No hace falta que llame a nadie, estoy bien, de verdad. Ya se me ha pasado el mareo, en serio. El problema lo voy a tener al llegar a casa –concluyó Rebeca.

Con la ayuda de los dos hombres del chalet, la joven se incorporó y comenzó a dar unos pasitos para recuperar el aliento.

–Dejaré una nota para que me llamen.

–¿Está usted segura, señorita?

–Estoy bien, de verdad.

Mientras, rebuscó en su bolso hasta dar con un bolígrafo y una libretita. Tras apuntar sus datos, arrancó la hoja y la dejó en el parabrisas del coche siniestrado.

–Es mala suerte, solo he mirado un segundo por el retrovisor –se lamentó ella.

–Pues sí que te va a salir caro ese segundo –replicó él.

Silva guiñó el ojo a los dos matones, que no pudieron evitar sonreír.

–Os agradecería que me ayudarais a sacar el coche. Si me empujáis para ver si arranca... –solicitó ella.

–Por supuesto. Estos te empujan hasta tu casa si es necesario –volvió a tomar la iniciativa Silva.

En el interior del chalet, Marcos abrió la puerta de la caja fuerte y en su interior pudieron ver una carpeta. Aguirre se hizo con ella y tras abrirla comprobó que contenía los documentos que estaban buscando. Mientras sacaba una mini cámara de fotos del bolsillo dio instrucciones a sus hombres.

–Aquí casi hemos acabado. Un minuto.

Con gran habilidad, Aguirre fotografió uno a uno los documentos. Dos disparos por página.

Fuera, Rebeca, ya al volante de su coche, trataba de girar siguiendo las indicaciones de los tres hombres. Pero lo hacía al revés.

–¡No, hija, no! Al revés, que así vas a dejarlo sin chapa. ¡Ay, la virgen! Endereza un poco y pon punto muerto, que te lo empujamos –reclamaba Silva.

Rebeca miró de reojo su reloj y obedeció. Con cuidado, los tres hombres empujaron el Megane, que se desenganchó del Citroën.

–Muy bien, ¿ves? Ya lo tienes. Arranca a ver.

Rebeca giró la llave de contacto, pero el motor no respondió.

Aguirre terminó de fotografiar y metió la carpeta en la caja, Marcos la cerró y volvió a colocar la carcasa de los falsos enchufes.

–En treinta segundos estamos fuera –indicó Aguirre.

Rebeca comenzó a contar mentalmente, al tiempo que seguía fingiendo que trataba de arrancar el coche.

–Empujad un poco, que seguro que ya va –solicitó a los hombres.

Los tres empujaron el coche unos metros y Rebeca por fin arrancó sin problema. Habían pasado exactamente treinta segundos. Los hombres dejaron de empujar y vieron irse el Megane. Rebeca se despidió ondeando el brazo por la ventanilla. Los dos matones regresaron hacia el chalet y Silva se despidió de ellos meneando la cabeza.

–¡Mujer tenía que ser...! –dijo.

Los dos hombres se metieron en la finca sonriendo. Silva siguió su camino a ritmo de paseo matutino. Por el lateral, Aguirre y Marcos saltaron la verja y se dirigieron a la furgoneta.

–Objetivo cumplido. Buen trabajo –concluyó el jefe.

–Me han entrado ganas de irme derrapando, pero me he contenido para ahorrar pastillas de freno –bromeó Rebeca.

Con la misma sorna, remató:

–Ah, Silva, cariño, lo de «mujer tenía que ser!» te lo podías meter por el culo, mamonazo.

Al otro lado del intercomunicador se oyó la estruendosa carcajada de Silva.

–A casa –fue la última orden de Aguirre.

Acto seguido desconectó su intercomunicador, arrancó la furgoneta con tranquilidad y desapareció de la zona. A su lado, Marcos, en silencio para variar.

Dos horas después, otro agente se acercaría al Citroën C-2 rojo, fingiría sorpresa al ver el golpe, vería el papel del parabrisas, lo leería, se llevaría las manos a la cabeza, se rascaría, se metería en el coche, arrancaría y desaparecería del lugar. Es posible que uno de los hombres del chalet contemplara la escena desde la ventana sin poder evitar un sonrisa burlona.

Tras entregar el material fotográfico en la sede del CNI en la A-6, Aguirre se fue a casa. Era casi la una de la tarde. Entró como siempre, sin hacer ruido, sin gritar un saludo, sin advertir de su presencia. Dio dos vueltas a la cerradura y dejó las llaves sobre un aparador de madera oscura, un mueble elegante y antiguo, sin duda legado familiar. El resto del domicilio estaba decorado con gusto, de forma austera, funcional, con unas combinaciones de colores en las paredes que denotaban haber sido concebidas por una persona entendida. Su mujer. Se la encontró en su pequeño despacho, afanada delante de una mesa de dibujo, revisando unos planos con suma concentración. Eva le oyó entrar, lo sintió bajo el quicio de la puerta, pero no hizo ni ademán de girarse y saludarlo. Aguirre la miró, contempló su figura, su pelo recogido en una coleta que caía liviana por su cuello y parte de la espalda, y optó por no decir nada. Prosiguió su camino hacia la cocina y se encontró con su hija Marta, de quince años, que salía en ese momento del cuarto de baño en pijama.

–Buenos días, ¿qué haces? –preguntó él.

–Mear. Y me vuelvo a la cama –le respondió ella sin mirarlo a la cara.

–¿A qué hora llegaste anoche?

–A ti qué te importa.

–¿Qué has dicho?

–Si hubieras estado, lo sabrías.

Dicho esto, se metió en la habitación y cerró de un portazo. Aguirre esperó un par de segundos y golpeó con los nudillos.

–¡Marta!

–¡Déjame en paz, tengo sueño!

Aguirre regresó al despacho de su mujer.

–Eva, ¿por qué salió anoche?

–No puedo con ella. ¿Qué quieres que haga? Podrías preguntar menos y ocuparte tú un poco más. –Tras una pausa, prosiguió–. Podrías preguntar si han llamado del instituto y yo te diría que sí. Y te contaría que el director me ha dicho que la han pillado fumando un porro en los servicios. Pero tú no preguntas, tú no estás.

–Me acercaré al instituto.

–Tiene quince años, Miguel.

Eva siguió a lo suyo, trabajando. El que en otros tiempos no muy lejanos fuera un gran estudio de arquitectura en el que estaba empleada no pasaba por buenos momentos y en los últimos meses muchos de sus arquitectos habían sido despedidos. Eso significaba que los que mantuvieron su puesto de trabajo peleaban duro cada día por no perderlo. Domingo por la mañana y ella adelantando trabajo para la semana siguiente.

Aguirre se fue a la cocina, rebuscó en la nevera y sacó las sobras de la cena del día anterior. ¿O era la comida? ¿O la cena del viernes? Daba igual, el caso era meterse algo en el estómago antes de dar una cabezada.

Con un plato de pasta recalentado en el micro-ondas se presentó en el salón, se sentó y se quedó mirando al infinito. Sin apetito. Y tras pensar que su vida familiar era un fracaso, su mente se fue volando hacia atrás, un año, y otro, y otro. Hasta que llegó a la edad de catorce años, a la casa cuartel de la Guardia Civil de A Coruña. Catorce años de los de antes, de los de hace treinta y tres, cuando todo era más fácil, cuando los niños jugaban, estudiaban, compartían, obedecían. Y recordó aquel día en que regresaba del colegio en el autobús número cuatro. Había estado casi todo el trayecto lanzando proyectiles de papel con una goma a las filas del fondo, parapetado tras el asiento,

jugando a los comandos, codo con codo con su mejor amigo, Paco. Ese día se había dado mal porque solo había alcanzado a Otero en la cabeza y a Catoira en un hombro. Lástima que su parada fuera de las primeras. Recordó que Paco se bajó primero y que le había dicho unos minutos antes que en cuanto llegara a casa iba a echar una meada de campeonato porque no se podía aguantar más. Bajaron las escalerillas del autobús corriendo. Paco cruzó la calle por delante del vehículo pero no llegó al otro lado. Un coche se lo llevó por delante en cuanto asomó. Ni siquiera el conductor del autobús le vio cruzar. Todo ocurrió muy deprisa, por sorpresa. Un sudor helado envolvió a Miguel, lo atenazó, lo aprisionó. Abrió la boca, pero fue incapaz de gritar. Estuvo paralizado un par de segundos. Y después la vida recobró su pulso y él echó a correr, a correr mucho hasta la casa cuartel para avisar del accidente.

Paco también era hijo de guardia civil. Dejó un padre hundido, una madre destrozada y un hermano pequeño, Ricardo, que se vio obligado a asimilar, pero que no acababa de entender.

Miguel no dejó un solo día de estar al menos un rato con él. En los dos años siguientes ejerció de hermano mayor, de protector, de compañero de juegos y, con una madurez impropia de un adolescente, animó a su protegido, lo motivó, lo alentó para seguir adelante, para estudiar, para formarse y hacer que su hermano fallecido y sus padres se sintieran orgullosos de él. Dos años después, las dos familias siguieron caminos distintos por el traslado a otro destino de los cabezas de familia. Miguel ya tenía claro desde hacía tiempo que quería ser guardia civil. Cuando se despidieron, Ricardo le dijo a Miguel que de mayor también iba a ser guardia civil, como él. Como su nuevo hermano mayor.

A pesar de la distancia, nunca dejaron de tener contacto.

Miguel Aguirre, de vuelta al salón de su casa tras un viaje de treinta y tres años, se preguntó cómo pudo ejercer con éxito de hermano mayor adoptivo con tan solo catorce años de edad y, sin embargo, haber fracasado como padre con cuarenta y tantos.



Al atardecer, un coche de gran cilindrada circulaba por la auto-vía de Valencia. Hacía poco que había abandonado Madrid. En su interior, tres ocupantes. Detrás, Atiq Zariâb. Delante, sus dos hombres, Ayman Elquasabi, el del mono azul, y Josep Haykal, al volante. Los tres iban en silencio, sin duda eran gente de pocas palabras. Una buena mezcla: un afgano adoptado libanés, un egipcio y un sirio. El terror no tiene bandera.

En poco más de dos horas el vehículo llegaría a su destino. Poco después de Honrubia dejó de lado la A-3 y siguió hacia el sur, pasando por Sisante primero y La Roda después. Allí tomó una desviación y, tras recorrer los últimos kilómetros por una carretera secundaria, el vehículo llegó a una zona poco poblada cerca de Fuensanta, donde el coche se detuvo. A lo lejos divisaron una vivienda discreta, de aspecto humilde, rodeada de una pequeña zona de terreno para cultivar. Diez minutos después de comprobar que no había ninguna actividad en la zona, el vehículo se dejó llevar hasta la entrada de la vivienda de dos plantas, la de abajo constituida por una especie de garaje.

Los tres hombres descendieron, como siempre en silencio. Uno de ellos portaba en su mano una bolsa de plástico de supermercado. Subieron con extrema tranquilidad las escaleras y llamaron a la puerta. No contemplaban la posibilidad de que no hubiera nadie. Al cabo de un rato, un individuo joven, de aspecto magrebí, les abrió la puerta, nervioso y armado.

–Has tardado demasiado en abrir –fue la frase que inició la conversación.

El joven no fue capaz de explicarse; el hombre que tenía delante le infundía demasiado respeto. Pero la mirada de miedo que Zariâb percibió en él le anunciaba que algo no iba bien.

–Nos recibes armado.

–Es por seguridad...

–¿Acaso no temes? Nosotros no traemos armas.

Zariâb y sus dos hombres extendieron los brazos, abrieron sus finas chaquetas y la bolsa de plástico, mostrando que decía la verdad. Esto pareció tranquilizar al joven, que los puso al corriente de las inexistentes novedades desde la última visita. Todo estaba bajo control, el material estaba seguro, nadie había aparecido por el lugar.

–No he llamado la atención. Todo ha ido perfectamente.

–Bien. Este lugar no existe, su inquilino tampoco...

–Sí, sí, como si no existiera.

–Exactamente.

Por primera vez, Zariâb dibujó una leve sonrisa en el rostro que sirvió para aliviar al joven. No había fallado, todo estaba en orden. Eso lo relajó. Y ese fue el momento en el que Ayman Elquasabi, el hombre del mono azul, sacó de la bolsa de plástico un bote de spray y, sin ninguna explicación y por sorpresa, le roció la cara con él. El joven no supo en un primer momento cómo tomárselo. Se palpó la cara húmeda sin saber qué hacer, mientras los tres hombres permanecían en silencio. El instinto de supervivencia fue lo que lo alertó. Sin saber por qué, trató de correr hacia la puerta y escapar, pero los dos hombres de Zariâb se interpusieron, lo tiraron al suelo y lo inmovilizaron. Cuanto más esfuerzo hacía por zafarse, más aire consumía respirando y más oxígeno notaba que le faltaba. Zariâb se acercó a la ventana y, ajeno a lo que ocurría en la casa, contempló el paisaje. Llano y ondulado, seco y frondoso. Un poco de todo, le recordaba a su tierra. Así estuvo exactamente siete minutos, el tiempo que tardó el joven Alí, hijo de Mohamed y Fatiha, en ir al encuentro de su querido amigo del alma, Rachid.

Haykal procedió a repetir la operación que había realizado horas antes. Sacó una jeringuilla, la clavó en el brazo de Alí, presionó el émbolo e introdujo en la vena el contenido líquido. Tal como ocurriera la vez anterior, no se preocupó por liberar la jeringa del brazo.

Elquasabi y Haykal registraron la vivienda, recogieron el arma de Alí y la metieron en la bolsa de plástico. La casa esta-



ba decorada con sencillez, tal cual había sido alquilada, sin un adorno de más. Por tanto, nada quedaba por hacer allí arriba. Entre los dos cargaron con el cadáver y lo trasladaron al garaje en la parte de abajo, abrieron el portalón y dejaron el cuerpo en el suelo. A continuación, Zariâb echó un vistazo a la caja de aproximadamente un metro veinte por sesenta por sesenta que descansaba en una esquina rodeada de aperos de labranza. Sus ojos se iluminaron cuando contempló el contenido; fue una mirada hechizada tras la cual volvió a cerrarla y mandó acercar el coche. Sus dos hombres metieron la caja en el maletero con sumo cuidado y luego Haykal abrió el cuadro eléctrico de la vivienda, manipuló unos cables y produjo una chispa que prendió con facilidad. Los tres hombres salieron del garaje.

Si no hubiera sido porque los últimos rayos de sol del día se reflejaron en el espejo retrovisor de una bicicleta, ninguno de los tres hombres se hubiera dado cuenta de que un niño de doce años los observaba absorto desde la distancia. Al verse sorprendido, el muchacho tuvo el mismo acto reflejo de Alí, con la diferencia de que él sí tenía espacio por delante. Los tres hombres, sorprendidos, salieron corriendo tras él. Pero el miedo hace pedalear con fuerza, con mucha fuerza. El miedo motiva y anestesia y el niño utilizó sus piernas como nunca antes lo había hecho. No hay dolor, pasando por encima de piedras y ramas, manteniendo el equilibrio como un funambulista que desafía a la gravedad, jadeando sin oírse y levantando una estela de polvo en el camino a modo de imaginario escudo protector. Sin mirar atrás, pedaleando con rabia sin mirar atrás, así fue como logró perderlos de vista. Zariâb optó por detener a sus hombres; era inútil correr tras el pequeño si no iban armados. No era más que un niño con buenas piernas y poca cabeza. El afgano sabía bien lo que se hacía. El miedo a esa edad te hace escapar, pero directo a tu guarida. Zariâb le vio desaparecer pedaleando: no iba en dirección a La Roda, ni a Fuensanta, ni a Villalgordo del Júcar. Iba directo a Tarazona. A su casa. Zariâb supo en ese momento que el niño no iba a ser un problema. Al día siguiente se ocuparía de él.

El fuego ya estaba empezando a extenderse por toda la casa, así que los tres hombres no perdieron un minuto más y abandonaron el lugar en su vehículo de gran cilindrada.



Aunque el trabajo de Aguirre tenía poco de rutinario, sí lo era la manera de empezar su jornada. Como cientos, miles de veces, llegó a la sede del Centro Nacional de Inteligencia y, como en todas y cada una de las ocasiones, pasó el control de seguridad. Decenas de veces viendo las mismas caras que lo conocían y todas y cada una de ellas sometándose a los mismos controles. Aguirre solía tomárselo con buen humor e incluso sonreía contemplando mientras tanto el complejo que tenía delante, su lugar de trabajo. Pero esa costumbre empezó a dejar de ser tal con el comienzo de la construcción del nuevo edificio de ocho plantas, conocido coloquialmente como el Hexágono. No le parecía un nombre serio ni con encanto y sabía que el edificio en sí tampoco le iba a gustar; a su parecer rompería el equilibrio urbanístico que había en el complejo. Era lo que tenía convivir con una arquitecta, que el gusto se refina. Con el tiempo, Aguirre se había capacitado para opinar sobre cualquier tipo de construcción y esta no le gustaba, pero las recientes necesidades en materia de lucha contra las nuevas formas de terrorismo habían hecho necesaria la ampliación de la plantilla y la construcción de esa nueva mole.

Así era el complejo del CNI, un conglomerado de edificios asépticos que podrían pasar por sedes de empresas cualesquiera, por oficinas destinadas a cualquier ocupación poco destacable, a cualquier cosa. Porque en eso consistía la ocupación de la gente que trabajaba allí: en cualquier cosa, ser cualquier cosa, y eso incluía todo y nada porque no hacerse notar, pasar desapercibido, era la misión de todos los hombres y mujeres de la casa. Y pasar desapercibidas parecía también el objetivo de to-